



Balta Lelija

11 de agosto de 2026
VIDAS DE SANTOS
“Santa Susana, mártir”

En una época en la que, lamentablemente, la confusión moral prolifera en el mundo y ni siquiera se detiene ante nuestra Santa Iglesia, de modo que muchas personas se han apartado del camino de la virtud o ni siquiera lo han emprendido, es importante no olvidar a los santos, en particular a los de la Iglesia primitiva, que nos ofrecen un brillante ejemplo de castidad.

Estos santos, que dieron su vida para preservar su castidad, no solo hicieron brillar su luz en medio de la oscuridad de su época, sino que obtuvieron de Dios una gran gracia para la Iglesia de todos los tiempos. Son un vivo recuerdo y un ejemplo de cuán importante es anteponer los preceptos de Dios a todo lo demás.

Una de estas mujeres radiantes es santa Susana. No se trata de aquella Susana del Antiguo Testamento, en la que quizá pensemos en primer lugar al escuchar este nombre, a la que Dios salvó de la muerte y devolvió su honor ante todo el pueblo por medio de Daniel. No, la santa de hoy es Susana de Roma.

La leyenda cuenta lo siguiente: Santa Susana, una de las doncellas más nobles de la ciudad de Roma y pariente cercana del emperador Diocleciano, fue cuidadosamente instruida en la fe cristiana por su padre, el presbítero Gabinio, y el santo papa Cayo, que era su tío. Vivía su fe con total fidelidad y filial piedad. A los doce años, hizo el voto de castidad por amor a Jesús. Diocleciano no ignoraba que Gabino, Cayo y Susana eran cristianos, pero, dado que eran familiares suyos tan cercanos, fingía no saber nada al respecto.

Cuando nombró a Maximiano Galerio corregente y heredero de su imperio, decidió entregarle en matrimonio a Susana y convertirla en emperatriz. Para ello, envió a Claudio, hijo de su hermana, a casa de Gabinio para comunicarle su intención. Gabinio pidió un breve plazo para reflexionar y consultó al santo papa Cayo. Ambos se lo transmitieron a Susana y le preguntaron qué estaba dispuesta a hacer. Ella respondió: «La fe cristiana y la pureza virginal tienen más valor para mí que la corona de emperatriz. No me casaré con nadie. No romperé la fidelidad que le he prometido a Dios. He consagrado mi pureza a Cristo, el Señor; ni el honor, ni la riqueza ni nada en absoluto me apartará de ello».

Cayo y Gabinio se alegraron mucho de su respuesta, la animaron a mantenerse firme y le aconsejaron que se preparara mediante la oración, el ayuno y otras buenas obras para la dura lucha que le esperaba, pues todo indicaba que su negativa a la propuesta del emperador le costaría la vida. «¿Y qué podría ser más grato para mí —dijo ella— que obtener la corona del martirio en lugar de la corona imperial?».

Es asombroso ver cómo Susana se mantuvo fiel a su promesa y cómo actuaba en ella el espíritu de fortaleza. No tuvo reparos en expresar sus convicciones de manera muy contundente —incluso podríamos decir que un tanto brusca—, siendo muy consciente de que eso podría acelerar su sentencia de muerte. Sin embargo, en un primer momento, sus palabras tuvieron otro impacto. La leyenda cuenta que, al cabo de tres días, Claudio volvió para saber la respuesta de Gabinio. Al entrar en la casa, vio a la propia Susana, se acercó a ella y, entre otras muestras de respeto, quiso besarle la mano. Susana se la retiró con santa indignación y le dijo con voz seria: «Nunca he permitido esto a ningún hombre, ni siquiera en mi infancia, y mucho menos os lo permitiré a vos, pues sois un ídólatra y vuestra boca está contaminada por el sacrificio ídólatra del que habéis comido».

A continuación, le recriminó su osadía con tal vehemencia que Claudio se quedó allí un buen rato, profundamente asombrado. Sin embargo, movido por una voz interior, decidió abrazar la fe cristiana junto con su esposa e hijos, y así lo hizo. Máximo, otro cortesano de alto rango que había sido enviado después de Claudio para solicitar la respuesta de Gabino, también siguió su ejemplo y se hizo cristiano.

Al igual que muchos gobernantes paganos, el emperador reaccionó encolerizado y ordenó quemar vivos a los neoconvertos. Entregó a Susana en manos de su esposa, Selena, esperando que, gracias a su influencia, cambiara su decisión. Sin embargo, resultó que su esposa también era cristiana en secreto y, en lugar de disuadirla, apoyó a Susana para que permaneciera fiel al Señor. Al cabo de un tiempo, le comunicó al emperador que Susana no cambiaría de decisión.

Entonces, Diocleciano dejó en manos de Maximiano Galerio, el pretendiente rechazado, la elección de cómo proceder contra ella. Este se propuso poseerla por la fuerza durante la noche. La leyenda cuenta que, cuando abrió la puerta de su alcoba, la encontró en oración, rodeada de un esplendor celestial. Maximiano huyó aterrorizado y se lo contó a Diocleciano. Este consideró que se trataba de un acto de brujería y ordenó a Macedonio, un cristiano apóstata, que obligara a Susana a adorar a los dioses y que la castigara con la muerte si se rehusaba. Macedonio, que no logró nada ni con promesas ni con amenazas, hizo azotar a Susana de la forma más cruel y la decapitó en su propia casa. Durante los tormentos, ella levantó los ojos al cielo y dio gracias a Dios por haberla considerado digna de sufrir por su causa y de morir por amor a Él.

Solo nos queda inclinar nuestra cabeza con reverencia y gratitud ante la doncella y mártir santa Susana, y pedirle que nos ayude a dar testimonio de fidelidad a Cristo. Además, imploramos su intercesión para descubrir más profundamente el valor de la castidad, para vivirla y transmitirla a un mundo que, con frecuencia, ha perdido por completo el sentido de esta virtud.